

de Francia no vaguen ni moren familias de plantígrados.

Testimonio abonado de ello ofrecen los grotescos osos y oseznos que en gran número pasean, bohemios y montañeses, de aldea en aldea, y aun de ciudad en ciudad, excitando la hilaridad de los rústicos y mozuelos con sus ridículos gestos y contorsiones. Semejantes animales no son seres fantásticos, ó engendrados artificialmente, sino nacidos entre breñas y malezas en los bosques y montañas de los Alpes ó Pirineos.

Los arrojados montañeses han cogido y arrebatado los oseznos del seno de su familia, bien por sorpresa, bien cazando y dando muerte á los padres.

No pasa año sin que los periódicos señalen las proezas y fechorías de algún oso en Europa.

El teatro sorprendente y prodigioso de las cacerías de los osos pardos y comunes que interesará á nuestros lectores, es el Pirineo.

Tras el espectáculo imponente y lleno de movimiento que ofrece el mar, existe otro de un género diferente, el de las montañas, sublimes, inmóviles, que ven pasar por su pie los torrentes, y sufren, impasibles, los sacudimientos de los siglos, espectáculo sublime y lleno de grandiosidad, que llena el ánimo de admiración. Al llegar á su cima, la naturaleza toma nuevos y variados aspectos. La mirada se extiende sobre nuevos horizontes, y vaga del valle al cielo.

Allí, en aquellas alturas, nuevos sentimientos sefiorean el alma, y se espera, se sueña y se experimenta la indefinible emoción de la inmensidad, del infinito, como á orillas del océano.

No es de admirar, pues, el encanto que al *touriste* producen los Pirineos; y lástima grande es que los españoles no sepan sacar el mismo partido que los franceses de aquellos sitios llenos de salvaje poesía.

## V

Más de una vez hemos pisado los pliegues y rugosidades de los Pirineos, y cazado en ellos *isards*, que por bandadas corretean y brincan por aquellas montañas, saltando de roca en roca y de risco en risco; perdices rojas y blancas, zorras y gatos salvajes.

Los picos de Arcizet, Gazie y Sesque están llenos de piezas de caza, que llenan de alborozo á los cazadores que, dejando la sosegada y cómoda vida de las ciuda-

des, truecan la caza sin azares y peligros por la que ofrece más peripecias y emociones.

Aguas Calientes (Eaux-Chaudes) aúna, á los esparcimientos de la caza y pesca en abundancia, vistas espléndidas y maravillosas.

La boga que gozó Eaux-Chaudes durante el reinado de los soberanos del Béarn, que llegó á su período álgido en el siglo XVI, se debe á las brillantes cacerías de osos y otras piezas de caza mayor.

Hace pocos años, en 1879, tres cazadores y dos guías salían de Eaux-Chaudes en dirección á Gabás.

Era un día de primavera, hermoso y espléndido. La naturaleza empezaba á engalanarse, sacudiendo los árboles sus gudejas de hielo, y mostrando verdes botones, llenos de promesas.

Los cazadores vestían con sencillez y elegancia, pero con rústico traje, resistente, y apropiado para defenderse de los abrojos y espinos. Á tiro de ballesta, aquellos discípulos de San Huberto, sanos, vigorosos, robustos, mostraban no ser gente ruin y vulgar; los guías eran gente del país, vestidos á la usanza de la tierra, con blusa y boina. Todos iban armados: los cazadores con excelentes fusiles de precisión y doble tiro, y cuchillos de monte; y los guías, de fusiles algo antiguos, pero que, manejados con maestría, eran en sus manos terribles armas.

Grandes y vigorosos perros seguían á los cazadores, brincando alegremente.

Los cazadores se dirigían á la caza del oso y enderezaban sus pasos á las altas cimas de las montañas, pobladas de abetos y coronadas por perpetuas nieves; viaje accidentado, arrobador, pero peligroso.

Al salir de Eaux-Chaudes, se toma el camino de Gabás, abierto en la orilla derecha del *gave* que atraviesa el Pont-d'Enfer. Llegados á este punto, si no experimentáis vértigos, contemplad el espectáculo que ofrece el abismo sin fondo que la naturaleza ha abierto á vuestros pies. No existe espectáculo que sea, á la vez, más horrible y más bello.

Un poco hacia la derecha, se ve un abeto colosal, rústico puente echado de una á otra orilla del *gave*, paso difícil y peligroso, que conduce á un sitio tapizado de verde y finísima hierba, encerrado entre grandes rocas, bloques enormes calcáreos, caídos de altas cimas.

Por allí treparon guías, cazadores y perros, haciendo un pequeño alto para tomar aliento, y después subieron... subieron... hasta que, al fin, alcanzaron la cima, en cuyo fondo se hundía la garganta sombría, de aspecto terrorífico, centro de los osos, que allí se refu-

gían después de sus correrías y algaradas por los valles.

Allí deja de ser un mito y un loco engendro de la imaginación la existencia de los osos; y, bien que menos abundantes que los *isards*, existen en los bosques de aquella parte de los Pirineos.

Cuando, durante la estación primaveral, alguno de los solitarios moradores de las selvas deja trazas de sus nocturnas excursiones alrededor de los rebaños, cunde la alarma entre los pastores, y semejante nueva es la señal de que en breve empezará una cacería.

Nuestros tres cazadores habían llegado en ocasión propicia.

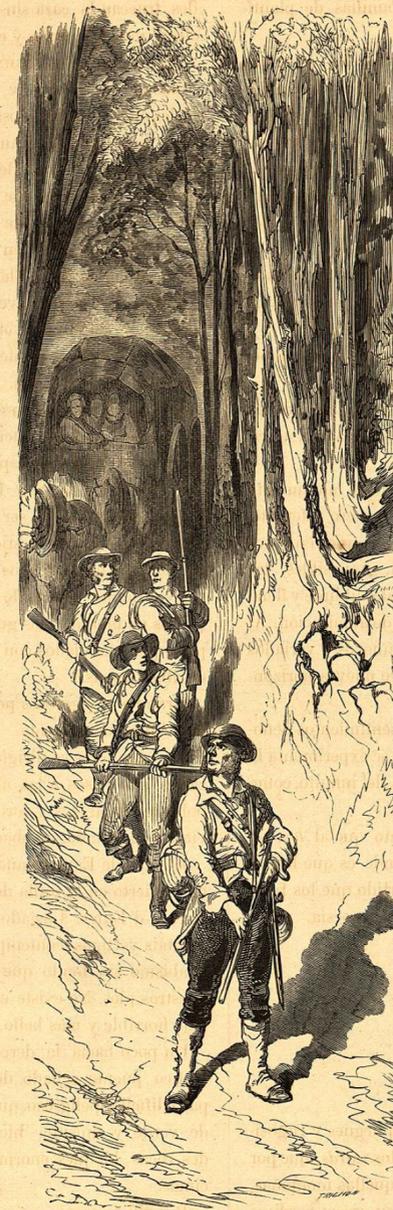
Un oso, en las cercanías de Eaux-Chaudes, había destrozado dos cabezas de ganado lanar, y los pastores habían decidido dar una batida, hasta tomar venganza del merodeador.

Noticiosos del hecho los cazadores, alborozados de que la caza de *isards* y zorras podía convertirse en el ojeo y combate con un oso, decidieron formar parte de la batida.

El punto de reunión era la plazoleta en que habían hecho alto los cazadores.

No tuvieron que esperar largo tiempo, pues, ligeros como gamos, vieron llegar á varios pastores, armados unos de fusiles, y otros de hoces y cuchillos.

Serían las ocho de la mañana, y el Sol brillaba entre las brumas y celajes de la montaña, dando caprichosos matices á aquel vetusto y espléndido paisaje de árboles seculares, breñas inac-



Ojeo

cesibles, abismos insondables, y gargantas negras y profundas, en cuyo fondo murmuraban lúgubrementel as aguas, saltando de roca en roca y discurriendo entre guijos y guijarros.

El jefe de la partida, mozo forzudo, y que no era la primera vez que tenía que habérselas con los solitarios huéspedes de las selvas, dividió el pequeño ejército en tres grupos. Los tres cazadores tuvieron que separarse, marchando cada uno con un grupo de montañeses y pastores.

En breve comenzó el ojeo; los perros empezaron á dar manifiestas señales de que olfateaban alguna buena pieza. El marqués de X., que era uno de los tres cazadores que me refirió en la expedición venatoria, iba en el grupo dirigido por el jefe de la batida.

Por acostumbrado que estuviere á semejantes ejercicios, son tales las dificultades que ofrecía aquel terreno abrupto á medida que nos acercábamos á los sitios más salvajes y escabrosos, y hollados quizás por vez primera por la planta humana, sitio propio de cabras montesas y gamos, y otras alimañas silvestres; que tenía que hacer milagros de equilibrio para no caer en el fondo de uno de aquellos horribles precipicios.

De repente, vimos un precioso *isard* que, saltando de roca en roca, destacaba su elegante silueta, brindándonos con un excelente tiro.

Apoyé mi fusil al hombro y me disponía á disparar, cuando el jefe me dijo, algo bruscamen-

—No cometáis imprudencias: el sonido del disparo dará la voz de alarma al oso, que sin duda, en estos momentos duerme sosegadamente en su antro.

—Tenéis razón,—dije yo;—no hemos trepado estos endiablados riscos para cazar cabras montesas, y, por otra parte, tiempo sobrado queda para ello.

Después de hecha esta filosófica reflexión, seguimos de nuevo nuestro camino por aquellos intrincados vericuetos.

Media hora hacía que íbamos avanzando, cuando oímos un característico silbido. Era una señal.

—Pedro habrá, sin duda, sido más feliz que nosotros, y habrá hallado las trazas del oso.

Las señales se repitieron, y merced á ellas nos fuimos acercando al sitio donde estaban reunidos ya el resto de los cazadores.

El jefe de la batida y Pedro conferenciaron durante algunos instantes. Los cazadores de las ciudades hacen, en semejantes trances, un papel secundario, pues los montañeses, que se hallan allí en su elemento, ocupan el primer rango, que nadie puede ser osado á disputarles.

Juan, que así se llamaba el montañés jefe de la partida, llamó á los tres cazadores y les manifestó que las huellas frescas impresas en el suelo indicaban que aquel era el camino que había emprendido el oso á su regreso de las correrías por el valle, y que, según todos los indicios, era un oso magnífico y adulto.

Los perros daban manifestadas señales de impaciencia, olfateando las huellas del oso, y á duras penas podían contenerles las enérgicas voces de sus dueños.

Por fin, se dió de nuevo la señal de partida; y esta vez Juan y Pedro, seguidos de los perros, se adelantaron, y el resto de los cazadores fué siguiéndoles á respetuosa distancia.

Hora y media hacía que seguían tan penoso camino, cuando los cazadores vieron en una revuelta desaparecer de su vista á Juan y Pedro, seguidos de la jauría.

El montañés que nos dirigía,—añade el marqués de X...—dió orden de alto, esperando el desenlace de las pesquisas Juan y Pedro.

No tuvimos que aguardar largo tiempo: al cabo de un instante vimos llegar á Pedro, que nos anunció que habían descubierto el antro del oso.

Allí todos enderezamos nuestros pasos, y llegamos al fondo de un inmenso barranco, entre cuyas breñas caían cascadas de espumosa agua, llenando el espacio de siniestros ruidos y de grande estrépito.

La nieve tapizaba aún gran parte del suelo, y congelaba las ramas de colosales abetos.

Aquel sitio era un refugio dispuesto á maravilla para el huésped de las montañas. Las concavidades de las rocas, por el labor incesante de los siglos, por el trabajo perenne de aquellas aguas que de noche y día caen por entre aquellos riscos, habían formado una gran caverna natural, cuyo fondo escapaba á las escudriñadoras miradas de los cazadores.

Reinaba el más profundo silencio; la naturaleza aparecía misteriosa y solitaria, y los cazadores hubieran podido creer que el oso había cambiado de domicilio, ó bien vagaba por las montañas, si no hubieran existido por doquier señales manifiestas de que la alimaña había regresado á su antro y que no había salido de él.

Pedro indicó á los tres cazadores que se apostaran á lo alto de las breñas, encima de la entrada del antro, á fin de que, desde aquella fortaleza, dispararan sobre el oso cuando saliera de su escondrijo.

Aceptamos resignados nuestro puesto,—añade el marqués de X...—porque, desconocedores por completo del país, y siendo la primera vez que teníamos que medir nuestras armas con el oso, era una verdadera imprudencia el desdeñar el sitio que se nos había señalado. Todo continuaba en el mismo extraño silencio.

Colocado cada uno en su puesto, en semicírculo alrededor del antro, menos los tres cazadores que habían trepado á lo alto de las breñas, á una señal de Pedro todos los cazadores empezaron á gritar desafortadamente para llamar la atención del oso, lanzando, á la vez, piedras en el interior del antro, y sacudiendo con palos la corteza de los árboles.

Por fin se oyó un sordo gruñido. No había duda: el oso se hallaba en el interior de la cueva. Los perros ladraron furiosamente, pero dando algunas señales de temor.

Á una voz de Pedro, acompañada de algunos latigazos, tres canes penetraron en el interior del antro. Entonces se oyeron furiosos gruñidos y el ruido de sorda y terrible lucha: dos de los perros salieron ensangrentados y gimoteando; en cuanto al tercero, había quedado tendido en el fondo de la gruta.

El oso, al fin, apareció en el dintel del antro. Era un oso pardo, adulto, de gran tamaño y de largo pelo. Su aspecto era imponente: irritado, con las fauces sanguiinolentas, parecía dispuesto á vender cara su vida ya que se veía forzado á aceptar el combate.

Al ver al oso,—dice el marqués,—uno de mis compañeros disparó precipitadamente; pero ya sea que la piel del animal fuese muy dura, ó bien que hubiese errado el tiro, el oso permaneció en pie, pero más irriado y furioso aún por el disparo.

Los cazadores montañeses, defendidos unos por breñas y otros por troncos de árboles, espíaban la ocasión para disparar sobre el oso.

Pedro se adelantó, y, apuntando firmemente el fusil, disparó. La bala se había alojado en el pecho del animal, pero permanecía en pie. Sonó un segundo disparo, que tocó también al oso, pero sin matarle.

La fiera, exhalando terribles rugidos, dió un gran salto, y, cayendo sobre Juan, le apretó entre sus velludos y vigorosos brazos.

Momentos terribles fueron aquellos en que el hombre y la fiera lucharon cuerpo á cuerpo.

El oso,—añade el marqués de X...—me ofrecía, en aquel momento, magnífico blanco, pero no osé disparar, temeroso de herir á Juan.

Dos leñadores, armados de hachas, se acercaron al oso, asestándole un terrible golpe; y la fiera, abriendo sus brazos, saltó á Juan, que, rápido como el rayo, hundió su cuchillo en el vientre del animal. Un tiro, disparado en la sien por otro de los cazadores, dejó sin vida al oso.

Como pueden juzgar nuestros lectores, se oyeron grandes gritos de alborozo, que fueron repetidos por todos los ámbitos de la montaña. El oso pesaba unos doscientos kilogramos.

## VI

Los Pirineos son testigos algunas veces de combates aislados entre algún montañés y algún oso. Los habitantes del valle de Ossau se entregan á la caza del oso como los árabes en África para perseguir, ahuyentar ó matar á los enemigos de su hacienda. Durante los inviernos poco rigurosos, el oso, no aletargado por el frío, sale de su guarida, y aguijoneado por el hambre se dirige á rodar alrededor de las praderas donde pacen los rebaños. Careciendo de granos ó frutos con que saciar su voracidad, el oso, por sorpresa y emboscada, ataca al carnero imprudente algo desviado del resto del rebaño, lo arrebató y lo devora en su caverna.

Tras semejantes algaradas, la cabeza del oso es puesta á precio, y se le persigue, y no tarda en pagar con la vida su merodeo.

La población del valle de Ossau ofrece un tipo particular. Circunscrita en un espacio limitado por el *gave* y las montañas, monta unas diez y ocho mil almas diseminadas en diez y siete aldeas, que tienen todos los

mismos hábitos, usos y costumbres. Los hombres son fuertes, diestros, ligeros y nerviosos; y, viviendo siempre al aire libre y en contacto con la naturaleza, adquieren un vigor poco común.

Su traje es de los mas pintorescos: la forma elegante de la gorra les deja ostentar su cabellera negra y rizada; su cuello libre y desembarazado de corbata; el chaleco es de lana blanca, los pantalones pardos y la faja roja. Estos hombres suelen estar bien formados, y sus piernas muy bien proporcionadas; debido, sin duda, al hábito de trepar por las montañas.

Las costumbres de aquel valle son patriarcales, y la vida de familia tiene sólidas raíces, porque los de Ossau no se casan jamás fuera de su comarca, inspirándoles gran respeto un viejo proverbio que dice que esto causa desgracia, y que el que lo quebranta es engañado ó engañador.

Las fortunas son más que modestas, y es preciso que el trabajo acuda en su auxilio. La ociosidad es desconocida en las aldeas, y los enamorados mancebos ahorran con paciencia su dote.

Cuando la pobreza es muy grande, entónces es necesario que la Providencia, que protege á menudo los sentimientos honrados y sinceros, acuda en auxilio de las parejas ricas de honor, pero pobres en recursos.

Damos estos detalles para narrar una encantadora historietita que data de catorce ó quince años.

En uno de los pequeños villorrios del valle de Ossau, vivía un honrado y laborioso montañés de veintiséis años. Era hijo único y el sostén de sus ancianos padres, que por toda riqueza poseían la pequeña cabaña en que vivían, rodeada de un pequeño terreno cultivado por el viejo pastor, mientras que Loric—este era el nombre del mancebo—dirigía sus rebaños á pastar en la montaña. Vivían pobres, pero dichosos.

Con la edad, Loric vióse señoreado por otros pensamientos, cuidados y esperanzas. El mancebo era un arrogante mozo, valiente y bueno, y amaba más que nunca á sus padres; pero sentía esos vagos é indefinibles deseos que Dios ha impreso en el corazón de los hombres de buscar una compañera y formar una familia. Pero ¿cómo hacerlo? Muchas veces, apacentando el ganado, sentía una secreta inclinación hacia María, hermosa pastora que vivía en uno de los villorrios de los alrededores.

Loric no había dicho una palabra á la aldeana, pero la casualidad, esa Providencia de los enamorados, hizo que sus ojos se encontraran, y que sus corazones sencillos revelaran el secreto de su alma.

Era á fines de otoño, y ya el invierno hacía sentir sus